

## Ser ciudadano o no ser

La sociedad pide a la escuela que contribuya a la formación de las dimensiones social y ética de los alumnos, con el fin de que participen y colaboren en el bien común de la sociedad. Y, aunque esta petición se justifica por sí misma, se ve urgida por los datos que a diario describen la vida pública en este país y en otros parecidos a él.

Los nacionalismos, los integristas, las fobias,... que se empeñan en excluir a "los otros" de una plena ciudadanía; las abstenciones en las elecciones que carcomen la representatividad de los más votados; la marcha hacia la globalización que se construirá en ocasiones sobre la dignidad y los derechos de muchas personas, los más pobres; los grandes imperios económicos que gobiernan más de lo que parece y que nadie los votó... son algunos síntomas que hacen urgente recuperar el ejercicio de la ciudadanía en toda su vitalidad. Nunca ha necesitado la democracia tanto a sus individuos como ahora, hasta el punto de temer, en los lamentables casos de intransigencias y extrema violencia, por el futuro de los derechos humanos. Evitarlo dependerá de la participación de todos los hombres y mujeres en la vida pública, del ejercicio de su papel de ciudadanos con competencia, eficacia y conciencia ética.

A través de las relaciones que se dan en las sociedades democráticas se enseña y se aprende a ser ciudadano, más concretamente en el seno de sus instituciones: en las familias, como miembro de colectivos y asociaciones, en voluntariados... en las escuelas. De todas ellas, la educación es la que a corto, medio y largo plazo tiene mayor incidencia en el bien común y, por tanto, una responsabilidad mayor ante la sociedad. Por este motivo hay que preguntar cómo anda de democracia la escuela, ¿es realmente un lugar que vive en democracia y prepara para la democracia? Uno de los logros que se le atribuye a la LOGSE es ofrecer la misma enseñanza para todos hasta una determinada edad, pero ¿bastaría con esto para decir que se ha democratizado la educación? ¿Acaso no hay que reconocer que la desigualdad de oportunidades sigue existiendo (por ejemplo el difícil acceso a las nuevas tecnologías por su carestía), que la participación de los alumnos, y no digamos la de los padres, brilla por su ausencia, que el trabajo de los profesores y el aprendizaje de los alumnos es más individual que colaborativo y solidario? Por esto mismo es importante que las administraciones y las comunidades educativas tomen conciencia de su responsabilidad y cooperen en hacer de los centros escuelas para la ciudadanía, talleres para una sociedad democrática, justa, libre, de iguales, plural, solidaria, tolerante, en paz.

He aquí algunos indicadores. En una escuela que se preocupe por educar en la ciudadanía, sus alumnos participarán en las decisiones que les conciernen; colaborarán en la preparación de acciones coherentes con sus valores; trabajarán en equipos de cooperación para aprender juntos; se expresarán con libertad, respetándose mutuamente; recurrirán en caso de desacuerdo a estrategias de tratamiento de conflictos para buscar soluciones satisfactorias; se cuidarán y se animarán entre sí; examinarán con sentido crítico sus opiniones, cambiando si es necesario; desarrollarán su curiosidad por descubrir el patrimonio natural y cultural de la humanidad; se comprometerán en aquellas acciones auténticas que tengan sentido para la comunidad local o mundial... Seguro que algunos de estos elementos no se encuentran en la actualidad en las escuelas, pero es la ocasión de incorporarlos a los planes de acción inmediatos. Mañana puede ser tarde. ■